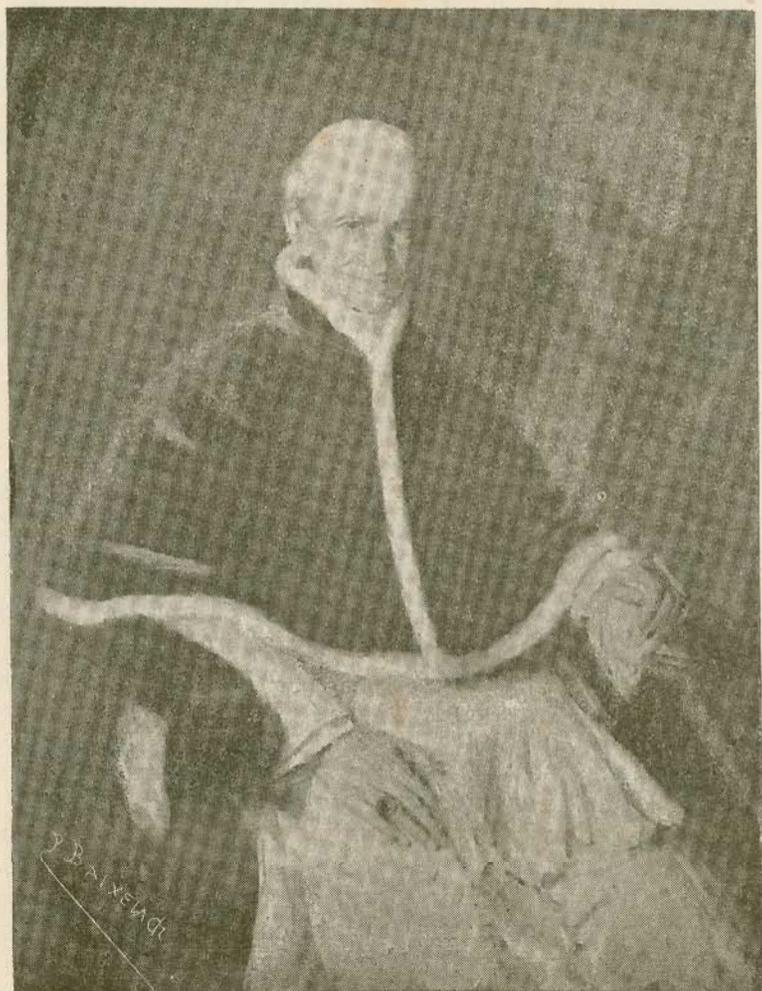


# Pandemonium

Revista Decenal Ilustrada

---



S. S. León XIII

(Retrato del Jubileo)

1810 - 1903

## Ei fu...

Se necesitaría la pluma de águila con que Alejandro Manzoni pintó la Tierra muda por la emoción á la caída del titán en Santa Elena, el 5 de Mayo inolvidable, para decir del sentimiento del mundo al doblar las campanas del catolicismo por este muerto venerable, en quien la potencia del entendimiento corría parejas con la hermosura del carácter.

Nunca hubo elección de Pontífice más difícil, y acaso menos solicitada por candidaturas ansiosas, que la ocupada en designar un sucesor digno al majestuoso Pío IX, que había bajado del trono con tanto decoro y tan oportuna altivez.....

Parecía imposible encontrar un Papa capaz de llevar sobre sus hombros la herencia triste y grande: la convivencia con la monarquía italiana dentro de los muros sagrados de la Ciudad de las siete colinas, la actitud, ni soberbia ni menguada, ante el espíritu revolucionario triunfante, la imposición de una disciplina común á las timideces de los unos y arrogancias exasperantes de los otros, el mantenimiento íntegro de la dignidad de la tiara ya sin la corona, la persistencia del rumbo firme y sereno de la *barca de pescador* de la Iglesia en medio del ciclón de las pasiones,—contituyen un portento sin par, un verdadero milagro de la Historia.

León XIII ha demostrado, con la elocuencia irresistible de los hechos, la compatibilidad perfecta entre la pompa imperial con que el catolicismo reviste el culto religioso y la persona de su jefe y el espíritu esencial del Evangelio. Ya las antiguas acusaciones de ser Roma una segunda Babilonia suenan huecas. Como si estuviera fuera de la vida planetaria, ese varón incomparable ha unido en sí, sin aparente violento esfuerzo, con la grandeza del ceremonial, con la pompa del culto, con la regia majestad de su jefatura, con los tesoros de arte que lo cercaban, con los faustos del Vaticano, con los opulentos tributos del mundo, el carácter indiscutible de sucesor del humilde Pedro, de representante y Vicario del *hijo del hombre*, que se quejaba de no tener siquiera una piedra en que reclinar la luminosa, fatigada cabeza. En él se ha visto cómo es compatible, en espiritual consorcio, el majestuoso ceremonial con que Roma ha querido investir la cús-

pide de su apostolado con la enseñanza de humilde despego de las vulgares vanidades, que forman el nervio central de su doctrina regeneradora. La mirada menos penetrante ha podido llegar, bajo los pliegues del manto cuasi cesáreo, al pecho que era como un ánfora en que se guardaba el aroma de la vida eterna, como una pira en que ardía la llama del amor divino. El ensueño de la Iglesia de concentrar en una misma persona la grandeza más que regia de la jefatura del género humano y la humildad soberana que entraña la representación permanente del Calvario se ha realizado una vez más,—como en Papas santos é inolvidables no tan bien,—en el momento crítico de una de sus mayores congojas,—en la hora triste,—tan *triste* como la noche famosa de Hernán Cortés en Méjico, en que de todos los rumbos de la rosa de los vientos soplaban para ella los álitos de la tempestad. Tuvo caballero, tuvo profeta, tuvo adalid, tuvo maestro en aquella hora en que parecía preparada como Raquel para cubrir sus cabellos de ceniza y arrojarse en tierra llorando con dolor que no quisiera consuelo, su majestad perdida, su hogar entrado á saco, su corona rota, su santuario violado.

Era el jefe moral del mundo. La humanidad llora ante sus cenizas con ternura filial. Hay como una suspensión momentánea en el latir de las arterias de la vida, como un momento de recogimiento supremo, ante esta catástrofe que á todos igualmente aflige. Arbitro universal por el consentimiento expreso ó tácito de los más grandes y los más ilustres grupos humanos, juez entre los hombres, albacea del pasado, arúspice de un porvenir luminoso de concordia, gran figura en que se reflejaban á la vez la grandeza venerable de lo que fue, las luchas de hoy, las esperanzas para mañana,—cuando el martillo de plata cayó sobre su frente, cuando la voz de su Iglesia lo llamó sin respuesta, trascurrió, sin sombra de duda, en el reloj del tiempo, uno de los momentos más solemnes de esta vida contemporánea tan llena de agitaciones y de crisis. Su doctrina inmensa, su genio como pacificador, su suavidad robusta, el sello especial que imponía su mano sedosa á la fisonomía de nuestro tiempo, tienen tal importe y trascendencia, que el grito de dolor de Roma, al anunciar su orfandad al mundo entero, resonará con

eco de simpatía en todo entendimiento culto y en todo pecho generoso.

La mente humana ha vibrado. Comience ahora el apostolado, no fugaz ni insignificante, de esa gran memoria.

*A. Zambrana.*

## El gran Pontífice

*Traducción de A. Alvarado h.*

Cada día aumenta el número de personas observadoras y estudiosas que dicen que esta es la gran figura de la época presente.

Hace algunos años, si un pintor hubiese querido agrupar en un cuadro las personalidades sobresalientes de Europa, aunque hubiera sido un francés y naturalmente esto le desconsolara, en el centro y en lugar preferente hubiera tenido que colocar la colosal figura del viejo emperador alemán; pero hoy el mismo artista, sin vacilar, arreglaría el cuadro al rededor de León XIII.

¿A qué obedece esa unanimidad? En primer lugar, al prestigio incomparable de su situación: un rey destronado más poderoso que los soberanos reinantes; y en segundo, á la fuerza intelectual de que ha dado brillantes pruebas.

En 1878, el Cónclave eligió á un septuagenario confinado hacía largo tiempo en las montañas de Umbría. Este desconocido pasó de su obispado de Perugia á la voluntaria reclusión del Vaticano: allí vive en soledad conventual, rodeado por su pequeña sociedad refractaria á todo progreso; los extraños que se le acercan, ó son discretos por respeto y no hablan, ó tienen interés en ocultar la verdad; de manera que las condiciones de su vida parecen prestarse á maravilla para que ese hombre ignore las transformaciones de su época; y Dios sabe que en ninguna otra se han realizado más profundas y más radicales.

Y sin embargo, ¿qué ha sucedido? El prisionero del Vaticano conoce, comprende, dirige y se adelanta á veces á esas transformaciones; está tan enterado, tiene comprensión tan rápida, espíritu tan independiente y audacia tan oportuna, como el director de cualquiera de los grandes diarios de Londres ó de Nueva York. Se sabe que los políticos más hábiles al llegar á la vejez extrema cierran los oídos á las infor-

maciones de los problemas contemporáneos; y aunque su mirada sea escrutadora y penetrante, la dirigen hacia el pasado, volviendo la espalda á la corriente del gran río. Un Gladstone, honrosa excepción de esta regla, es tan raro, que más bien la confirma. En León XIII, viviendo en el medio descrito, ese fenómeno de clarividencia activa parece un prodigio. Y ya sea como opinan los creyentes, el soplo divino, ó como dicen los incrédulos, el genio, es lo cierto que ambas explicaciones colocan una aureola sobre su frente.



S. S. LEÓN XIII

En el año de su exaltación á la Silla de San Pedro  
1878

León XIII á la inversa de otro soberano que fascinó los espíritus de improviso, pero que los desencantó en seguida, no se reveló en un solo instante. Su elevada estatura moral, con la tranquilidad que es signo de fuerza, se ha agrandado lentamente en el horizonte. En 1878 estaba el que esto escribe en la Sixtina cuando los cardenales vinieron á presentar al recién electo. Su iniciación fue modesta y presagiaba poco. Pío IX que se había mezclado en tantos sucesos notables, dejaba un nombre brillante y un gran vacío: el pontificado, despojado por entonces, parecía desplomarse con él. El heredero sin dominios que nos mostraban, era de aspecto raquíptico y de reputación discutida; y por eso la coronación nos pareció un simulacro de las realidades desvanecidas, la exaltación al trono, de un fantasma. ¡Cómo se engañan los que juzgan de prisa! ¡En aquel enton-

ces la sombra de la Cruz parecía achicarse sobre el mundo! De tal ceremonia guardábamos la impresión de algo que agoniza; y los primeros tiempos del pontificado, reducidos á una discreta protesta, no parecían capaces de sacarnos del error.

Poco á poco la figura se iluminó. Ya la encontré muy alta en 1886 á mi vuelta á Roma, pero no estaba aún sobre su verdadero pedestal. Se consideraba á León XIII un filósofo distinguido y un diplomático de sagacidad excepcional, méritos bastantes para figurar en la literatura sagrada y en el Gotha, pero no para darle puesto en primera línea en el mundo. Ya era la Curia en ese momento centro de activas negociaciones que recordaban los días hermosos de la política eclesiástica, pero no se columbraban nuevos horizontes. Por entonces se perseguía obstinadamente en el Vaticano una utopía: la independenciam que necesita la Santa Sede, restaurando la antigua soberanía territorial; y para ello se contaba con otro sueño, la alianza de Alemania y la intervención del Príncipe Bismarck.

No hay duda de que en la imposibilidad de hacer otra cosa, se mantiene la protesta de los principios contra los hechos consumados, y esta actitud durará mucho tiempo todavía; pero el éxito prodigioso que ha recompensado la política más amplia, habrá cambiado muchos pareceres sinceros. Hoy se sabe en qué se cifran las grandes esperanzas del porvenir. La antigua parcela de tierra del papado constituiría más bien un estorbo: ¿cómo admitir que fuera gobernada sigilosamente por los sacerdotes en frente de la tribuna y de las libertades y costumbres actuales? ni ¿cómo podrían defenderla con un puñado de mercenarios contra los ataques de los grandes estados modernos y de sus multitudes armadas? Lo que antes garantizaba la independenciam del Pontífice, no sería ahora sino el precio de una servidumbre moral, impuesta por el vecino más cercano; y la pequeñez de ese soporte material disminuiría el inmenso poderío ideal de la Santa Sede.

En el Vaticano se han convencido de que el mundo moderno admite las potencias ideales: las de la opinión y del crédito, por ejemplo, que han nacido á la par de esa evolución que trasladó á la letra de cambio las riquezas cifradas en el lingote

de oro. Así también se ha comprendido en Roma que la base y la garantía de la Santa Sede residen en el corazón de los pueblos católicos, y en el respeto involuntario de los no católicos. El día en que León XIII entró en esta senda, se convirtió en lo que dijimos antes, el primer hombre de Europa. Es verdad que sigue negociando con los gobiernos, con quienes está en prudentes relaciones; pero el resorte creciente de su política es evidentemente la amistad y la simpatía de los pueblos. No cabe duda de que las preocupaciones que le ocasionan los Estados Unidos, puestas de realce en sus últimos actos, y las satisfacciones que le ha procurado ese país, han contribuído á la elección definitiva de aquella conducta.

Pero meditemos en lo que le ha costado decidirse, bajo la presión abrumadora de su clientela habitual, que trabajaba para mantenerlo en lo que se creía el papel tradicional del jefe de la Iglesia, ó sea el capellán de un cementerio, el encargado de custodiar las tumbas políticas protegidas por la sombra del santuario. León XIII á los ochenta años salió de ese cementerio para recorrer el mundo de los vivos y disputárselo á los adversarios, que creían indiscutible su derecho de poseerlo: escuchó talvez la palabra del Maestro: «Dejad á los muertos que sepulsen los cadáveres.»

A él se podría aplicar con justicia la anécdota del almirante Drake: desde lo alto de la montaña vió la nueva mar, y lanzó á ella sin miedo la barca del Pescador...

*E. M. de Vogüe,*  
Académico francés.

## El Papa León

¿Es una madeja de seda, es una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma? No: ni madeja de seda, ni lirio, ni pájaro delicado: es la mano del Pontífice, es la diestra de León XIII, la que acabo de tener entre mis dedos y mi beso sincero se ha posado sobre la gran esmeralda de la Esposa que recompensa en una irradiación de infinita esperanza la fe que no han podido borrar de mi espíritu los rudos roces del mundo y la lima de los libros y los ácidos ásperos de nuevas filosofías. Bien haya la mano que me movió de París, para que la casualidad me hiciese estar en Roma en el momento de la llegada de la peregrinación argentina. Nada más misterioso y divino que la casualidad. No pensaba yo alcanzar á conocer al Papa Blanco; creía que cuando llegase á la ciudad ecuménica ya se habría apagado la leve lámpara de alabastro. La lámpara se está apagando, ó parece

que se apaga, aunque á veces la luz tiene brillos inusitados, como de un sobrenatural aceite, y hace creer en los milagros de la voluntad, que de todas maneras son los milagros de Dios. Es tiempo en que el Año Santo trae á Roma caravanas de creyentes de todo el mundo católico. Lo que á París lleva el placer trae á la Villa Eterna la religión, una incesante corriente humana que se renueva á la continua, corazones fervorosos que animan sangres de diversas razas, labios que rezan en distintas lenguas, ciudadanos de la cosmópolis cristiana que con un mismo aliento proclaman la unidad de la fe en la capital de Pedro y de Pablo. *Civis romanus sum.*

Antes de ver al Pontífice de cerca, de besar su mano, de escuchar su voz, le habíá visto dos veces en San Pedro, una en ceremoniales de beatificación, otra dando la bendición á miles de peregrinos. No fue la primera ocasión la que mayormente conmovió mi ánimo, con todo y llamar más á lo imaginativo la pompa solemne de los ritos, la música singular bajo las techumbres suntuosas é imponentes de la basílica, las rojas colgaduras que empurpuran la vasta nave central en que el soberbio baldaquino reuerce sus columnas salomónicas, el concurso de altos ministros y príncipes eclesiásticos y la asamblea de fieles que saluda al emperador de los católicos. Desde Taine la palabra «ópera» se ha escrito muchas veces á este respecto, para que mi lealtad de respetuoso no haya sido perturbada por los inconvenientes que traen la tarea de pensar y el oficio de escribir. La segunda vez fue cuando vi mejor y sentí más hondamente al pálido vicario de Jesucristo.

Hervían las naves de gentes diversas. Peregrinos de varias peregrinaciones lucían en los brazos ó en los pechos sus insignias. Religiosos de varios colores circulaban en el inmenso concurso; altos y rubios teutones, de caras macizas, de anchas espaldas, conversaban serios; curas y seminaristas españoles hablaban, se embromaban, bulliciosos; sacerdotes franceses, con ferviente *chauvinisme*, cantaban en alta voz himnos, recomendando especialmente la Francia al Eterno Padre. Gentes de la campaña italiana, con sus vestidos pintorescos, alegraban de vistosas estofas y de curiosas y brillantes orfebrerías la masa compacta, la apretada reunión de correligionarios. Aparecieron los estandartes de los peregrinos y se oyeron largos aplausos de grupos parciales. Una bandera francesa, que llegó sola, tuvo un general saludo de palmas y aclamaciones.

Allá arriba, sobre el altar, sobre la tumba de Pedro el Pescador, una inscripción latina pide al Señor que prolongue la vida de León XIII. Es la petición tácita de todas esas almas reunidas con un mismo fin al abrigo del colosal monumento del Bramante: es la plegaria que en todos los climas de la tierra se eleva de millones de fieles. Las tribunas levantadas al rededor del altar en que ha de oficiarse Su Santidad, están negras de fracs y de mantillas. Se confunden los rostros de todas las edades. Las mantillas cubren cabelleras blancas ó decoran cabezas en que se encienden jóvenes ojos amorosos que pugnan por ser severos en la majestad del recinto. De pronto, mientras los franceses continúan con sus cantos, comienza allá por la entrada de la iglesia, por el lado que da á la Puerta de Bronce, entrada del Papa, un rumor que crece y se convierte en un claro aplauso; y éste se propaga con un ruido resonante, bajo los dorados artesones basilicales. Han aparecido los guardias suizos: brillan los cascos romanos de la oficialidad, los soldados del uniforme rafaesco presentan las alabardas, y una cosa se divisa blanca en marco rojo, una cosa que se va acercando entre explosiones de voces y agitar de pañuelos: es el Papa en su silla. Ya está cercano el Papa León, ya va á pasar frente á mis ojos. Un grupo de españoles cla-

ma sus vivas de manera detonante; un grupo de alemanes hace tronar sus *¡hoch!*, *¡hoch!*, *¡hoch!*, mientras los italianos repiten su conocido *¡E viva il papa re!* Sobre la silla escarlata, de cuando en cuando, se alza, en esfuerzo visible, un dulce fantasma, un sér que no es ya terrestre, poniendo en un solo impulso seguridad de aliento, creando fuerza de la nada; el brazo se agita débil, se desgranar de la mano blanca las bendiciones, como las cuentas de un rosario invisible, como las uvas de un ramo celeste. Al pasar frente á mí un chorro de sol cae oblicuo y vibra sobre la misteriosa figura, y puedo ver por primera vez bien, en un baño de luz, al Papa León. Cien veces pintado, mil veces descripto, no hay palabras ni colores que hayan dado la sensación de la realidad. Todos se encontraron en lo cierto cuando se sintieron impresionados de blancura. ¿Recordáis el verso: *Qué cosa más blanca...*? Sumad nieves y linos, cisnes y espumas, y juntad palideces de ceras, color suave de pulpas de lirios y de rosas te, y agregad alba transparencia, como de un ámbar eucarístico, y poned la animación de una inexplicable onda vital, y he allí lo que pasó ante mis ojos, bajo la gloria solar, en ese instante. ¿Cómo alienta ese dulce sér fantasmal? ¿Cómo da luz aún la frágil lámpara alabastrina! Y cuando los cantos del ritual comenzaron, y fue el Padre Santo al altar, ¿qué brazos desconocidos le sostuvieron? ¿Y qué onda sonora puso en su voz la fuerza que hizo esparcir su canto por las naves inmensas, de manera tal que no se creería brotase de ese cuerpo de paloma? Cuando volvió, otra tempestad de entusiasmo se desencadenó á su presencia. Vi á mi rededor barbas de plata y mejillas frescas, húmedas de las más puras lágrimas. El Pontífice no tenía la constelada tiara tres veces regia, no llevaba á su lado los flabeles orientales. Sencillo pasó en su roja portantina como una perla en un pétalo de rosa. Y se desvaneció á mis ojos como en un sueño. La tercera vez...

La tercera vez, agregado á la peregrinación argentina, pude estar por dos ocasiones, gracias al obispo monseñor Romero, amable de toda amabilidad, delante del pontífice. Muy temprano, por la mañana, el peluquero me había encontrado algunas canas nuevas; yo, en cambio, ¿por qué no decirlo? sentía en el corazón y en la cabeza mucho de lo que hubiera el día de la primera cita de amor, y de la publicación del primer libro. Se despertaba en el fondo de mi sér como un perfume de primera juventud; y todas las lecturas y todas las opiniones no pudieron poner el más ligero vaho empañador en esas horas cristalinas. El viejo feo de Zola, el avaro de los decires de antecámara, el sinuoso ajesuítado ó jesuita del todo, el contemporizador con la democracia moderna, el papa de los periódicos, desapareció, se borró por completo de mi memoria, para dar lugar al papa columbino, al viejecito sagrado que representa veinte siglos de cristianismo, al restaurador de la filosofía tomística, al pastor blanco de la suave sonrisa, al anciano paternal y al poeta.

A las once era la cita, y, presididos por monseñor, fuimos, demás está decirlo, puntuales. Nuestra insignia azul y blanca en el pecho, nuestras tarjetas, rojas ó moradas, en la mano, subimos las escaleras vaticanas, pasamos por la Puerta de Bronce y penetramos en la Sala Clementina, guardada por suizos, en donde habíamos de recibir la personal bendición. La Sala Clementina, ¿recordáis? Es aquella que vió Pedro Froment en la novela. «Esta sala Clementina, inmensa, parecía sin límites, á esa hora, en la claridad crepuscular de las lámparas. La decoración tan rica, esculturas, pinturas, dorados, se esfumaba, no era sino una vaga aparición flaba, muros de ensueño en que dormían reflejos de joyas y pedrerías. Y, por otra parte, ni un mueble, el pavi-

mento sin fin, una soledad alargada, perdiéndose en el fondo de las semitinieblas... El se contentó con mirar á su alrededor, evocando las muchedumbres que habían poblado esa sala. Hoy aún, era la sala accesible á todos, y que todos debían atravesar, simplemente una sala de guardias, llena siempre de un tumulto de pasos, de idas y venidas innumerables. ¡Pero qué muerte gravitante, desde que la noche la había invadido, y cómo estaba desesperada y cansada de haber visto desfilar tantas cosas y tantos seres! No tuve la impresión de Pedro. Al contrario, invadida por la luz que entraba por las ventanas laterales, la sala extensísima y severa, parecía dar la bienvenida. Las figuras de los frescos en sus posiciones, en sus énfasis simbólicos, la Justicia, la Fe, las escenas de la entrada, la gloria del Santo Espíritu en el cuadro del fondo, y sobre nuestras frentes en el vasto plafón, los brazos abiertos del Pontífice que asciende al empíreo sostenido por el apoyo de



LA CONDESA ANA PECCI  
Madre del Soberano Pontífice

los ángeles, decían felices augurios, daban reconfortantes pensamientos. Sí, el Papa Clemente era un buen introductor ante el Papa León. Este debía pasar, dentro de poco, *detenerse con nosotros, para ir luego á bendecir en la basílica á otros miles de peregrinos de distintos puntos de la tierra.* Mientras un maestro de ceremonias nos coloca en el orden usual y monseñor Romero entra en los salones interiores en compañía de otro prelado, observo. A la entrada de la sala dos alabarderos guardan la puerta, y al extremo opuesto una escolta de ese vistoso y arcaico cuerpo aguarda el instante de los honores.

Circulan, pasan de un punto á otro, rojos *bussonanti*. Un franciscano joven, de rostro noble é inteligente, sale de lo interior y da algunas órdenes. Tengo la suerte de que mi nombre haya llegado á sus oídos, y me sorprende su inesperada afluencia. Es el secretario del cardenal Vives. Los argentinos son divididos en dos grupos. A un lado los sacerdotes, á otro los laicos. Los rostros, casi todos, revelan una indudable creencia en la extrahumanidad del varón apostólico que ha de aparecer á nuestra vista dentro

de cortos instantes; algunos, ciertamente, reflejan como la preconcebida esperanza de un espectáculo de profana teatralidad. Las señoras, desde luego, todas, damas altas y modestas, todas, sin excepción, manifiestan la gracia de una fe sin reservas. Por otra parte, con sus sencillos y negros trajes y tocados, todas parecen iguales; y allá en lo invisible y supremo el Hijo del Carpintero, que también era de la raza de David, no hace diferencia entre esos millones y aquellos pobres pesos que atravesaron el mar. Un golpe de alabarda en tierra, una voz, la guardia se forma. Es un cardenal que pasa. Conversamos en el grupo de la prensa. Hay, únicos y vistosos, dos fracs coloreados de condecoraciones. Un fotógrafo prepara su máquina, que ha de resultar inútil. Tras largo esperar, se oye un rumor, un ruido de pasos, la guardia se forma, presenta las armas. Cascos romanos crestados de oro, antiguas gorgueras y jubones, espadas desnudas, cardenales, obispos y una roja silla de manos que se coloca en tierra. Entre la roja silla de manos, semejante á una joya en un estuche, está León XIII. Las guardias le forman cuadro. El besamanos comienza. Hay que detenerse tan sólo unos cuantos segundos, pues somos muchos. Monseñor Romero, al lado de la silla de manos, hace las presentaciones. Mientras me toca mi turno, puedo ver bien al Padre Santo. No, no hay ningún retrato que se le parezca, ni el reciente que acabo de ver en París, de Benjamín Constant, y que está señalado como obra maestra. ¿Quién ha sido el *farceur* que vió en esta boca grande, de labios finos y bondadosos la sonrisa de Voltaire? La cabeza es vivaz, de una vivacidad infantil que se juntara á la extrema vejez; la frente hermosa, bien moldeada, bajo los cabellos blanquísimos y solideo de nieve; los ojos son oscuros y brillantes, pero no los escrutadores diamantes negros de Zola, sino dos luces anunciadoras de interiores iluminaciones; las orejas grandes, transparentes, como la nariz, de dignidad gentilicia; el cuello lilial, que sostiene apenas el globo del cráneo; el cuerpo delgado, de delicadeza inverosímil. Cuando estuve frente á frente á darle el beso de respeto, ví la mano, toqué esa increíble mano papal, sobre la que brilla la enorme esmeralda de la Esposa, esa mano que me parecía una madeja de seda, ó una flor, un lirio de cinco pétalos, un viviente lirio pálido, ó acaso una pequeña ave de fina pluma. Y la mirada de los ojos, casi extraterrestre, y la voz que se escapaba de aquel cuerpo frágil, de aquella carne de Sévres, daban la idea de un hilo milagroso que sostuviese por virtud de prodigio el peso vital. ¿Cómo esta pasta sutil no se quiebra al menor soplo de aire, al menor estremecimiento de los nervios? ¿Cómo esa hebra tan leve como un hilo de la virgen no se rompe á la más insignificante impresión, y resiste no obstante á la continua corriente de tantos inviernos, á la palpitación del orbe católico que tiende al blanco Pastor, á la tarea física que cansaría á un hombre robusto, de levantar el brazo, ese pobre brazo senil, en la impartición de miles y miles de bendiciones? Una niña pasó, besó á su vez la mano; el Papa la sonrió como otro niño; quiso hacerle una caricia, y la criollita, asustada, se escapó veloz. Alzaron la silla; la escolta, los caballeros palatinos, los dignatarios áulicos se pusieron en marcha hacia San Pedro.

Un aire de veneración flotaba sobre aquel triunfo tranquilo cuando los vivas estallaron—inútiles, insólitos. ¡Nuestro silencio estaba lleno de tantas cosas en aquel instante! De mí diré que viví por un momento en un mundo de recuerdos. Era la infancia de músicas y rosas, la lejana infancia en que el alma nueva y libre parecía volar ágil como un pájaro de encanto entre los árboles del Paraíso. Eran las viejas campanas de la iglesia llamando á misa; la ropa dominical sacada de los muebles de alcanfor; la ida

á la catedral al claror del alba; la salida en plena luz matutina; la dulzura de la casa pacífica; la buena abuela y sus responsorios; la imagen de la Virgen venida de Roma; el cura que iba á jugar tresillo, y el granado en flor bajo el cual los labios adolescentes supieron lo que era el primer beso de los labios de la prima rubia; porque el primer tiempo de la fe era también el primer tiempo del amor. Y era la Semana Santa con sus ceremonias simbólicas, con sus procesiones alegres como fiestas nupciales, con el entierro del Viernes Santo, á que las mujeres asistían vestidas de luto y en que los canónigos me atraían con sus largas caudas violeta; el *lignum crucis* llevado en la noche al són de tristes trompetas que rompían la sombra en el silencio del negro firmamento. Y eran aquellos mis años primeros, en la amistad de los jesuitas, en el convento silencioso ó en la capilla florida de cirios, en que mi mente juzgaba posibles las palmas de los Gonzagas, los nimbos de los Estanislao. Entonces se abrieron á la aurora los primeros sueños, entonces se rimaron las primeras estrofas. Y la memoria de los sentidos me despertaba ahora la sensación de las cosas pasadas, ya perdidas en lo largo del tiempo. Visión de lámparas rituales, de velas profusas, de altares decorados en que estaban en su inmovilidad de ídolos los simulacros de las vírgenes y de los santos; colores y pedrerías y oros de casullas, negras siluetas de sacerdotes que se se perdían en lo obscuro de las naves ó á lo largo de los complicados corredores del convento; olor de la cera, del incienso, de las flores naturales que se colocaban delante de las imágenes, olor de los hábitos del padre confesor, olor de la cajita de rapé de aquel anciano encorvado, de aquel anciano santo que me colmaba de consejos y de medallas y cuyo nombre de ave inocente le venía tan bien . . . . ¡Pobre padre Tortolini!

Cuando León XIII retornó de San Pedro, otro grupo de los peregrinos debía recibir la bendición; volví á verle otra vez. Estaba más pálido aún, si cabe; parecía que hiciese con más dificultad los movimientos de la cabeza y del brazo. Me temo que el doctor Lapponi no consienta dentro de poco la repetición de estas audiencias, de estas idas y venidas á la basílica. ¡Quién sabe si algún día de estos el milagro cesa, el prodigio tiene fin y esa vida rara, así como un cáliz de Murano, al fino aliento del aire cruje, se quiebra, se deshace!

Vuelvo á contemplar sus ojos que brillan en un fuego amable, su sonrisa un poco triste, un poco fatigada, su mano que da todavía una última bendición.

Y se lo llevan, con el mismo ceremonial de la venida. Cascos romanos crestados de oro, suizos con su uniforme rojo, negro y amarillo, alabardas, espadas desnudas, collares, gorgueras, jubones, como en los cuadros, como en las tablas. Rumor de gentes. Silencio. Pasó.

¡Ah! la Pálida anda rondando por el Palacio; la camarde está impaciente por entrar en el Vaticano y hacer que el martillo de plata del cardenal camarlengo toque la frente de Joaquín. Y el anciano siente sus vueltas, su revuelo, el ruido metálico de la hoz, lista como en el fresco de Orcagna. Y repetirá sus propios versos, el tiarado poeta:

Quanto all'orecchio mio suona suave  
A te, Madre María ripeter Ave!  
Ripeter Ave e dirti, o Madre pia,  
E a me dolce e ineffabile armonia.

Estas notas que rememoran en lo moderno la plegaria rimada del más católico y desgraciado de los poetas, y en lo antiguo el fervoroso y armonioso Jacopone da Todí, os harán recordar que el pastor de los corderos de Jesucristo es también árcaico en las praderas de Apolo. Nada más hermoso que esos

luchadores provecos de Dios ó de los pueblos; favorecidos por el numen, en los resplandores de su ocaso, en los años de las tranquilas nieves, guardan el culto de la belleza, la pasión generosa del arte, y conciertan sus números, cultivando las flores perennes, las rosas que no mueren, al amor siempre fecundo y sano de la lira. Me he imaginado encontrar al Padre Santo, en una mañana de las calendas de mayo, rejuvenecido, sonriente siempre, poseído en esos instantes de su *deus* olímpico, del que le ha hecho manejar vibrantemente las cuerdas de su lírico instrumento, de manera que los pies de sus exámetros han golpeado el sagrado suelo latino, al mismo són y compás con que galopan las cuádrigas magníficas de Horacio. El Pontífice me acoge, y, puesto el pegaso á pacer, le digo, poco más ó menos, mientras los lirios nos inciencian con sus incensarios y los jazmines llueven sus estrellas de nieve, y los gorriónes forman conciliábulo entre las copas de los pinos:



S. E. EL CARDENAL RAMPOLLA

Secretario de Estado de León XIII

Beatísimo padre y querido colega, los repetiré una cosa que sabéis tanto como yo, y que os diría en sabios dáctilos y flamantísimos espondeos, si supiese tanto latín como vos? El cielo es azul, la primavera avanza gentil, con su cortejo florido como en la pintura de Sandro; la tierra palpita, al canto del agua y al fulgor solar; alabemos al Señor. Fratres Sole nos envía su saludo; nuestra hermana la rosa su mensaje; nuestra hermana la mujer su sonrisa; alabemos al Señor. Os habéis mezclado á las luchas de los hombres; cuando vuestros rebaños han empezado á tope-tazos, habéis intervenido con el cayado, y habéis hecho bien. Habéis enviado, como águilas de paz, vuestras encíclicas, á revolotar sobre el mundo. Sois divino, habéis sido sacerdotal, *sacerdos magnus*; sois humano, habéis sido hábil. Para lo uno profundizásteis la teología; para lo otro os ejercitásteis en la diplomacia. Habéis mostrado á los pueblos que estáis con ellos y á los reyes indicado el camino. ¿Acaso ha dicho á vuestro oído, el rumor del porvenir, lo que se acerca; acaso *Lumen in caelo*, sabéis lo que anuncian los signos de hoy, para cuando aparezca el sol en su alba roja el día de mañana? Padre Santo, Pedro Froment no dejaba de tener razón. La palabra de

*conditioe opificum* ha pasado sobre la cabeza de los de abajo, que muy pocos han sentido su benéfica influencia, bajo la opresión.

Habéis señalado más de una vez el camino probable de la verdad, habéis hecho lo posible por evitar guerras y desconciertos. Habéis tenido que ver con los cancilleres y con los embajadores, con el señor de Bismark y con el señor de Cánovas, y con el señor Hanotaux y con el señor de Giers. Querido colega, Marón es mejor. ¡Oh pontífice poeta! En vuestra tiara está Marbodius, á vuestra izquierda Minucius, á vuestra derecha Gregorius; y cuando decís la misa hacéis comulgar á las nueve musas, mientras la misma infecundidad florece en blancos ramilletes de cánticos en los coros de la Sixtina. Habitáis el más maravilloso de los palacios; allí al lado de la fe ha tenido siempre su mansión el arte. Gloria sea dada á los papas que se rodearon de pintores, de escultores, de orífices, á los que protegieron y amaron á los poetas, y á los que como aquel Eneas Silvio Piccolomini y vos mismo, juntaron á la triple corona pontificia la corona de laurel y pusieron en su vaso de oro el agua castalia. Sois filósofo, y volando sobre lo moderno habéis ascendido á la fuente de la *Summa*; sois teólogo, y en vuestras pastorales dais la esencia de vuestro pensamiento caldeado por las lenguas de fuego del Santo Espíritu; sois justo, y desde vuestro altísimo trono dais á cada cual lo que es suyo, aun cuando con el César no andéis en las mejores relaciones; sois poeta y discurriendo y cantando en exámetros latinos y en endecasílabos italianos, habéis alabado á Dios y su potencia y gracia sobre la tierra.

Allí, en vuestro palacio, en la Stanza de la Segnatura, Rafael, á quien Haman el divino, ha pintado cuatro figuras que encierran los puntos cardinales de vuestro espíritu. La Filosofía, grave, sobre las cosas de la tierra, muestra su mirada penetradora y su actitud noble; la Justicia, en la severidad de su significación, es la maestra de la armonía; la Teología, sobre su nube, está vestida de caridad, de fe y de esperanza; mas la Poesía parece como que en sí encerrase lo que une lo visible y lo invisible, la virtud del cielo y la belleza de la tierra; y así, cuando vayáis á tocar á las puertas de la eternidad, no dejará ella de acompañaros, y de conducirlos, en la ciudad paradisíaca, al jardín en donde suelen recrearse Cecilia y Beatriz, y á donde, de seguro, no entran los que tan solamente fueron justos. Y León XIII sonreía, con una sonrisa más alegre que su habitual sonrisa, y los gorrones y las abejas del jardín me daban la razón. Los chorros de agua se encorvaban en arcos diamantinos, sobre las conchas marmóreas, en las pilas sonoras, reventaban las espumas irisadas; la sacra naturaleza en una vibración invisible pugnaba por manifestar el misterio de su corazón profundo; y al lado de León vi como un coro hermosísimo de Horas que llevaban en las manos flautas y cistros. Y Jesucristo pasaba por los azules aires, como en un carro triunfal, no un Jesucristo de pasión, sino de transfiguración, un divino Musagetes, fuerte y soberbio como el del juicio de Miguel Angel, crinado de oro augusto en su magnificencia. Y volví á decir: Beatísimo padre: la religión y el arte deben ir juntos en el servicio del Eterno Padre. Ved las viñas frescas tendiendo sus ramos al sol; las ramas de los olivos parecen, al soplo del viento, armónicos metales; bajo los ramajes ríen las niñas; la luz vivaz se esparce sobre el Tíber taciturno. Las naciones aguardan la venida de la inmovible paz; los hombres quieren por fin, ser redimidos del sufrimiento, y es hora ya de que Dios haga que resuenen juntos nuevos salmos y nuevas arpas.

Y él á mí: — ¡Alabemos al Señor!

*Rubén Darío.*

## El Soberano Pontífice

(Fragmentos de ROMA)

El papado había hallado el Olimpo bajo la tierra, envuelto en el polvo de las ruinas y como embriagado por aquella oleada de vida que subía desde el vetusto suelo, creó museos, restauró los soberbios templos del paganismo devueltos al culto de la universal admiración. Jamás la Iglesia corrió peligro más mortal que aquel, porque si Cristo continuaba siendo honrado en San Pedro, Júpiter y todos los dioses, todas las diosas de mármol, de hermosas triunfantes carnes, reinaban en las salas del Vaticano. Pasó después otra visión: la de los papas modernos antes de la ocupación de Roma por los italianos. Pío IX libre aún y saliendo con mucha frecuencia á recorrer su ciudad de Roma. Su gran carroza roja y oro arrastrábalas seis caballos, rodeábalas un piquete de la guardia suiza y la escoltaba un pelotón de guardias nobles. Algunas veces el papa se apeaba del carruaje en el Corso y seguía su paseo, y entonces los guardias de á caballo se adelantaban avisando y mandando detener todo el movimiento. Enseguida poníanse en hilera todos los coches de los que se apeaban los hombres para arrodillarse en el empedrado, mientras que las mujeres poníanse únicamente en pie inclinando devotamente la cabeza al pasar el Santo Padre, que con un paso lento iba así hasta la plaza del Pópulo seguido de su corte, sonriendo y bendiciendo. Y luego seguía á Pío IX, León XIII, el prisionero voluntario encerrado en Roma desde hacía dieciocho años, habiendo adquirido una majestad mucho más alta, una especie de misterio sagrado y temible tras las gruesas y silenciosas murallas en el fondo de aquel desconocido país en donde se deslizaba la vida discreta de cada uno de sus días.

¡Ah! ¡Ese papa al que no se le encuentra, al que no se le ve jamás, ese papa oculto á la mayoría de los hombres lo mismo que una de esas divinidades terribles á las que sólo sus sacerdotes se atreven á mirar á la cara! Y se encerró en ese suntuoso Vaticano que sus antepasados del Renacimiento edificaron y adornaron para dar gigantescas fiestas; y vive allí aprisionado con los hombres hermosos y las hermosas mujeres de Miguel Angel y Rafael, con los dioses y diosas de mármol, el esplendoroso Olimpo celebrando á su alrededor la religión de la luz y de la vida. Todo el papado bañado allí con él en el paganismo. ¡Qué espectáculo, cuando aquel anciano débil, de una blancura pura, sigue esas galerías del Museo de Antigüedades para dirigirse á los jardines! A derecha é izquierda míanle pasar las estatuas con toda la desnudez de sus carnes al descubierto, y le contemplan Júpiter, Apolo, y Venus la dominadora y Pan, el dios universal en cuya risa suenan las alegrías de la tierra.

*En los jardines*

¡Dios santo! ¡Qué final más hermoso de un día sereno y qué encanto victorioso se desprende de la tierra en aquella parte adorable de los jardines! Más aun que bajo las agradables sombras del bosque, más aun que entre las viñas fecundas, sentía allí toda la fuerza de la poderosa naturaleza, en medio de aquel paterre desnudo, desierto, noble y agostado. Apenas se veían por encima de los entecos musgos, que adornaban con simetría los compartimientos geométricos dibujados por los paseos, algunos arbustos no muy elevados, rosales enanos, aloes, contados macizos de flores medio secas y preparadas con el gusto barroco de épocas pasadas, algunas plantas verdes dibujando en el suelo las armas de Pío IX. El rumor cristalino del agua del surtidor,

una continua lluvia de gotas que caían en el tazón de mármol central, era lo único que turbaba el ardoso silencio de aquellos parajes. Roma entera, con su cielo ardiente, su gracia soberana, su conquistadora voluptuosidad, parecía que animaba con su alma aquella cuadrada decoración, vasto mosaico de verdura, cuyo semi-abandono y rojiza ruina tenían algo de melancólica fiera, con el estremecimiento muy antiguo de una pasión de fuego que no podía morir.

De pronto detúvose bruscamente Narciso.

—¡Mirad!—exclamó.—Bien lo sabía yo.... ahí tenéis al Padre Santo... pero hemos tenido poca suerte puesto que ni siquiera nos verá. Va á subir al coche.

Y en efecto, la carretela se acercó á la linde del bosque y un grupo formado por unas cuantas personas, y que salió de un sendero, se encaminó hacia aquel lugar.

A Pedro se le figuró que había recibido un gran golpe en el corazón. Inmóvil como su compañero, medio oculto tras la elevada maceta de un limonero no pudo ver más que de lejos al blanco anciano, tan delicado entre los pliegues de su sotana de nívea blancura y moviéndose lentamente con un paso menudito, de modo que más que andar parecía como que se deslizaba sobre la arena. Apenas pudo ver el demacrado rostro de color de antiguo marfil diáfano, acentuado por su gran nariz sobre los delgados labios; pero los negros ojos relucían con una sonrisa y con la curiosidad, mientras que la cabeza se inclinaba á la derecha, hacia monseñor Gamba del Zoppo, grueso, reluciente y digno, que por lo visto estaba acabando de contar alguna historia. Al otro lado, á la izquierda, iba un guardia noble y otros dos prelados los seguían.

No fue aquello más que una aparición familiar, pues León XIII subía al carruaje, una carretela cerrada. Y Pedro, en medio de aquel jardín caluroso y aromático, volvió á experimentar la misma singular emoción que experimentara en la galería de los Candelabros cuando presencié el paso del papa por delante de los Apolos y de las Venus engalados con su triunfal desnudez.

#### *En el Vaticano*

Esa sala de las Beatificaciones que, poniéndose de puntillas podía abarcar con una sola mirada, era de gran riqueza, y estaba dorada y pintada bajo el elevado y severo artesonado. En frente de la entrada y en el sitio que de ordinario ocupaba el altar, habían colocado en un estrado no muy alto el trono pontifical, un gran sillón de terciopelo rojo, cuyo respaldo y brazos dorados resplandecían con extraordinario brillo. Los cortinajes del solio, también de terciopelo rojo, caían detrás en pliegues, como dos grandes alas de púrpura. Lo que le interesó más, lo que más le pasmó fue aquella multitud, una multitud de desenfadada pasión, como no la había visto jamás, de cuyos corazones oía los grandes latidos y cuyos ojos engañaban el ansia febril de la espera, contemplando, adorando el trono vacío.

Dieron las doce. Hubo una explosión de falsa alegría, una emoción procedente de las otras salas y que fue como una oleada profunda. Ese movimiento debíase tan sólo á que los ujieres hacían abrir paso á la multitud para que pudiese cruzar por allí el cortejo. Y de pronto, en el fondo de la primera sala oyéronse aclamaciones que salieron de allí, se aumentaron y acercaron. Aquella vez era el cortejo. A la cabeza de éste marchaba un pelotón de guardias suizos con uniforme de diario, mandado por un sargento; después los portadores de la silla gestatoria con sus trajes rojos, luego seguían los prelados de la Corte pontificia en que figuraban los cuatro camareros se-

cretos participantes. Por último entre dos pelotones de guardias nobles de media gala, iba el Padre Santo á pie, solo, sonriendo con pálida sonrisa, bendiciendo con lentitud á derecha é izquierda. Con él los clamores de las salas vecinas se engolfaron en la de las Beatificaciones con una violencia de amor convertida en locura, y bajo la débil y blanca mano que bendecía todos aquellos seres trastornados por la emoción, dobláronse las rodillas y no quedó por el suelo más que un aplastamiento de ese pueblo devoto como anonadado por la aparición del dios.

Y bajo el viento de aquella furiosa adoración, contempló Pedro á León XIII, que se había quedado inmóvil en su trono. Ceñida la tiara, con los hombros cubiertos con el rojo manto adornado de armiño; tenía, con la amplia sotana blanca, la hierática rigidez del ídolo que veneran doscientos cincuenta millones de cristianos. Sobre el fondo rojo de la púrpura de los cortinajes del solio, entre aquel departamento alado



S. E. EL CARDENAL GOTTI

Prefecto de la Propaganda. Candidato de las Congregaciones

de tapicerías, en los que ardía como una hoguera de gloria, tenía aquella figura verdadera majestad. No era el anciano caduco de paso entrecortado y vacilante y de cuello inclinado como pobre pájaro enfermo. La pronunciada fealdad del rostro, la nariz demasiado grande y la boca hendida con exceso, los rasgos borrosos y secos, habían desaparecido. En aquella faz de cera no se distinguían más que unos ojos admirables, negros y profundos, ojos de eterna juventud, de una inteligencia y de una penetración extraordinarias. Además, todo eso era un erguimiento voluntario de toda la persona, una conciencia de la eternidad que representaba, una nobleza y majestad que procedía de no ser más que un soplo, un alma pura en un cuerpo de marfil y tan transparente que ya se veía aquella alma como libertada de los lazos de la tierra. Y entonces recapacité Pedro lo que semejante hombre, el pontífice soberano, el rey obedecido por doscientos cincuenta millones de súbditos debía ser para las devotas y dolientes criaturas que iban á adorarle desde tan lejos, deslumbradas á sus pies por el resplandor de los poderes que representaba. A su espalda, en la vivísima púrpura de los cortinajes ¡qué brusca abertura sobre el más allá,

qué infinito de ideal y de gloria cegadora! En un solo sér, el Elegido, el Único, el Sobrehumano, cuántos siglos de historia se reunían desde el apóstol San Pedro, y cuánta fuerza, genio, luchas y triunfos! ¡Y qué milagro sin cesar reproducido, el cielo dignándose bajar á aquella carne humana, Dios habitando en aquel servidor que El escogió, al que pone aparte, al que consagra por cima de la multitud de los otros vivientes, dándole todo poder y toda ciencia!

### *En la Basílica de San Pedro*

Era aquel el séquito de las antiguas solemnidades, precedíale la cruz y la espada, la guardia suiza de gran uniforme, la servidumbre con librea encarnada, los caballeros de capa y espada con trajes de la época de Enrique II, los canónigos con roquete de encaje, los superiores de las comunidades religiosas, los protonotarios apostólicos, los arzobispos y obispos, toda la prelación pontificia con sus trajes de seda morada, los cardenales con *capa magna*, adornados con la púrpura, yendo de dos en dos espaciados por grandes distancias y con gran prosopopeya. Por último al rededor de Su Santidad se agrupaban los oficiales de su cuarto militar, los prelados de la cámara secreta, monseñor mayordomo, monseñor maestresala, todos los elevados funcionarios del Vaticano, el príncipe romano asistente al trono, tradicional y simbólico defensor de la fe. En la silla gestatoria, que los *flabelli* resguardaban con las altas plumas triunfales y que se balanceaba al paso de los portadores de las andas, vestidos con sus rojas dalmáticas bordadas de seda, iba el Padre Santo revestido con los ornamentos sagrados que se había puesto en la capilla del Santo Sacramento, el amito, el alba, la estola, la casulla blanca y la mitra blanca, adornadas con ricos bordados de oro, las dos últimas, regalo que le enviaron desde Francia y que eran de una magnificencia extraordinaria. Al acercarse el séquito levantábase las manos ó palmoteaban con más fuerza bajo las ondas del espléndido sol que penetraba por las ventanas.

Pedro tuvo entonces una nueva visión de León XIII; no era ya el anciano de aspecto familiar, cansado y curioso paseándose del brazo de un prelado charlatán por el jardín más hermoso del mundo; no era tampoco el Santo Padre con roja muceta, que recibía paternalmente á una peregrinación que iba á llevarle una fortuna; no, no era nada de eso, y sí el Soberano Pontífice, el Maestro Todopoderoso, el dios, al que adoraba la Cristiandad. Lo mismo que si se hallase en la urna de una platería, parecía que su figura encogida y el delgado cuerpo de cera habíanse puesto rígidos dentro de su blanca vestidura toscamente bordada de oro. Tenía una inmovilidad hierática y altanera, la de un ídolo disecado, dorado desde hacía muchos siglos entre el humo de los sacrificios. Eran los ojos los únicos que vivían en medio de la muerte rígida de su rostro, ojos de diamante negro y centelleante, fijos en la lontananza, fuera de la tierra, en lo infinito. No tuvo ni una sola mirada para la multitud, ni bajó los ojos ni á derecha ni izquierda, permaneció en pleno cielo ignorando lo que sucedía á sus pies. Y ese ídolo así paseado, como embalsamado, ciego y sordo, no obstante el brillo irresistible de sus ojos, en medio de aquella multitud frenética á la cual parecía no ver ni oír, adquiría una majestad terrible, una grandeza inquietante, toda la rigidez del dogma, la inmovilidad toda de la tradición exhumada con sus fajas (\*), que eran las únicas que hacían se sostuviese derecho. Creyó, sin embargo, Pedro, que el papa estaba delicado de salud, cansado, sin duda, por ese acceso de fiebre de que

monseñor Nani le había hablado la víspera haciéndose lenguas del ánimo, glorificando el alma grande de ese anciano de ochenta y cuatro años, al que la voluntad hacía vivir para la soberanía de su misión.

Dió principio la ceremonia. Bajóse de la silla gestatoria en el altar de la Confesión, celebró lentamente el Papa una misa rezada asistiéndole cuatro prelados y el proto-prefecto de ceremonias. En el lavatorio, monseñor mayordomo y monseñor maestresala, á los que acompañaron dos cardenales, echaron el agua sobre las augustas manos del oficiante y poco antes de alzar, todos los prelados de la corte pontificia, llevando en la mano un cirio encendido, fuéronse á arrodillar al rededor del altar. Fue un instante solemne aquel en que los cuarenta mil fieles, reunidos allí, se estremecieron, sintieron pasar sobre ellos el viento terrible y delicioso de lo invisible, cuando, mientras alzaban, los clarines de plata tocaron el famoso coro de los ángeles que siempre hace que se desmaye alguna mujer. Casi en el mismo instante un canto aéreo descendió desde la cúpula, desde la galería superior en la que se hallaban ocultos ciento veinte coristas y fue aquello una maravilla, lo mismo que si al llamamiento de los clarines hubiesen respondido los ángeles en persona. Las voces bajaban, volaban bajo las bóvedas con la ligereza de la música de celestes arpas; desvaneciéronse después con un acorde suave y remontaron á los cielos con un tenue ruido de alas que se apagó lentamente. Terminada la misa el Santo Padre, de pie ante el altar, entonó el *Te Deum* que los cantores de la Capilla Sixtina y los coros continuaron cantando cada uno de ellos un versículo alternativamente.

Aquella multitud enorme, se unió muy pronto á ellos elevándose las cuarenta mil voces que entonaron el canto de gloria y de alegría que resonó en la nave inmensa, con una brillantez incomparable. Adquirió entonces el espectáculo, una magnificencia extraordinaria con aquel altar rematado por el labrado y cincelado solio de Bernin, rodeado por la corte pontificia, cuyos encendidos cirios, parecían convertirse en constelaciones de estrellas; con ese soberano pontífice en el centro, esplendoroso como un astro, con su casulla cubierta de dorados bordados, alzándose delante de los bancos de los cardenales con sus púrpuros ropones, de los arzobispos y obispos con sus sotanas de seda violeta, de aquellas tribunas en que se veían los trajes de ceremonias, las casacas bordadas del cuerpo diplomático, los uniformes de los oficiales extranjeros, de aquella multitud que aflúa de todas partes, moviéndose como una oleada de cabezas desde las lejanas profundidades de la basílica. Y eran las proporciones desmesuradas de ésta, lo que sobrecogía, con sus naves laterales en que podía colocarse toda una parroquia, con sus cruceros tan vastos, como iglesia de ciudad populosa, un templo que millares y millares de fieles no podían apenas llenar. El himno de ese pueblo hacíase colosal, y subía á lo alto con gigantesco soplo de tempestad entre las grandes tumbas de mármol, entre las estatuas sobrehumanas, á lo largo de las macizas columnas, llenando hasta las bóvedas que formaban el inmenso cielo de piedra, y hasta el firmamento de la cúpula, en el que se abría el infinito con los resplandores del oro de los mosaicos.

Al *Te Deum*, siguió un prolongado rumor mientras que León XIII cambiando la mitra por la tiara, y la casulla por la capa pontifical, iba á ocupar su trono colocado sobre el estrado que se elevaba á la entrada del crucero de la izquierda. Desde aquel sitio dominaba toda la concurrencia, ¡y qué sensación hizo estremecer á ésta, como por un soplo venido de lo invisible, cuando se levantó después de terminadas las preces de ritual! Apareció engrandecido, bajo la

(\*) Alude á las fajas ó cintas en que están envueltas las momias egipcias.

triple corona simbólica, y con la envoltura de oro de la capa. En medio de brusco y profundo silencio, que sólo turbaba el latir de los corazones, levantó el brazo con un gesto lleno de nobleza y dió lentamente la bendición papal, con una voz alta y fuerte, que parecía ser en él la voz del mismo Dios, de tal manera sorprendía oírle salir de aquellos labios de cera, de aquel cuerpo exangüe y sin vida. Y el efecto fue instantáneo: estallaron de nuevo los aplausos, en cuanto se organizó otra vez la procesión para retirarse por el sitio mismo que había entrado; el frenesí del entusiasmo llegó á tal paroxismo, que no bastando el palmotear de las manos, mezcláronse las aclamaciones y los gritos que poco á poco fueron aumentando entre la multitud. Esto empezó cerca de la estatua de San Pedro en un grupo ardiente; *E viva il Papa re!* ¡E viva il Papa re! ¡Viva el Papa rey! ¡Viva el Papa rey! Muy luego, al pasar la procesión papal, corrió ese viva como la llama de un incendio inflamando los corazones, y pasando de uno á otro, y acabó saliendo de millares de bocas en estruendosa protesta contra la expoliación de los Estados de la Iglesia. Toda la fe, todo el amor de los fieles, sobrecitados por el regio espectáculo de tan hermosa ceremonia, retornaban al ensueño, al deseo exasperado del Papa rey y pontífice, señor de los cuerpos como señor era de las almas, soberano absoluto de la tierra. La única verdad estaba allí, la única felicidad, la única salvación, ¡que le diesen toda la humanidad y el mundo! *E viva il Papa re!* ¡E viva il Papa re! ¡Viva el Papa rey! ¡Viva el Papa rey!

*Emilio Zola.*

## El Pontificado de León XIII

*De A. D. Sentillanges*

Este Papa es águila, de águila lo tiene todo: su mirada, la audacia de su vuelo, su arrogancia, su afición por las cimas escarpadas, y, en el intervalo de las luchas, ó, para inmensificar las luchas mismas, el amor por la extensión y sublimidad de los etéreos.

El día de su elevación al trono, parece que León XIII, dejando los pavimentos de San Pedro, dejando la *Sedia* estrecha y baja, que no viaja más allá que á flor de las cabezas, exaltándose á lo más alto, más arriba que la cúpula desmesurada, hubiera mirado á lo lejos, detenida, misteriosamente, escrutando los horizontes humanos, sondeando y penetrando este siglo, siguiendo las ondulaciones en las cuales nos hallamos enrolados, los caminos recorridos, los espacios que se abren, las fosas que se cavan, las escaladas que se ensayan, y que sonriendo á las esperanzas, diciendo adiós á lo que dejó de ser, le hubiera sido dado, mientras recorría el panorama sublime, leer en los pétalos de la rosa de los vientos la historia de todos los pueblos y el porvenir hacia el cual avanzan.

Oh! y cuánta luz esa mirada potente ha llevado al alma del gran pontífice. Se diría que lo ha transfigurado. Lo mismo que el Cristo en el Tabor, todo él es claridad, toda su blancura diáfana se inunda de luz; la pesada tiara se convierte en un sol y su mano llena de bondades, extendida para bendecir al mundo, proyecta rayos cual si fuera un faro.

Y después descende y se entrega á la labor.

Qué podía saber del tiempo que le estaba acordado? ... Hizo cual si subiera á un trono eterno, heredado del Eterno mismo. Es propio de las almas nobles y generosas enfrentarse tranquilamente al porvenir. No trabajando para sí, se empeñan en seguir la labor; trabajan, entregan su trabajo y descansan al llegar la noche. Si la cosecha viene tarde, si otro es el que la recoge, qué importa?

*El único dueño de la cosecha es el cosechero*, y el cosechero eterno no tiene necesidad de que el grano crezca de prisa, para eso tiene delante de sí la inmensidad de los siglos. Espera pacientemente.

Nadie quizá tiene ni ha tenido cual León XIII el sentimiento de la permanencia de la Iglesia y de la continuación de su obra, y nadie, sin embargo, ha hecho un esfuerzo tan seguido, y, se puede decir, más colosal en favor de esa obra anónima, en cierto sentido, como él, aunque de tiempo en tiempo grandes nombres, entre los cuales el suyo brillará con resplandor incomparable, se ven suspendidos allí, lo mismo que las estrellas en el cielo al llegar la noche.

Ha habido quien pretenda hacer pasar á ese gran hombre como un ambicioso vulgar, deseoso de agrandar su gloria, preguntándose cada día qué nuevo brillo puede agregarle. Pobres espíritus que bajan todo hasta su talla y que no comprenden que las grandes ambiciones pueden llevar ocultas las grandes virtudes.

La ambición sólo es vicio cuando el objeto que persigue se encuentra fuera del bien, en las regiones del egoísmo y del amor propio. Dios, el ambicioso supremo, cuidadoso de su gloria hasta el punto de llamarse «Dios celoso», da el ejemplo á las almas nobles. Con El y en El ellas quieren el bien ardientemente, y buscan su gloria allá, en el foco de luz, de alegría ó de virtud que su esfuerzo ha sabido producir.

Lo que ha pretendido este Papa, lo que

ha ensayado con el orgullo sereno que no duda de sí, no dudando de Dios, ha sido enseñar, rehacer el mapa de las ideas, hacer que este siglo se conozca á sí mismo, llevarlo á la verdad total, partiendo de claridades parciales, nobles, sin duda, pero las cuales lo mareaban y quizá lo llevaban al abismo. *Civilización, progreso, libertad, crítica, ciencia, democracia, emancipación, solidaridad, igualdad de los hombres*, son unas cuantas, entre otras palabras, de las cuales ha querido fijar el sentido en su esencia primitiva, en el fondo del cristianismo, después de que se había tratado de hacer de ellas palabras de combate contra una institución cuya maternidad y tutela lo habían permitido.

Se había dejado creer que la Iglesia sería un obstáculo que se opondría á esa corriente del siglo, y que mientras tanto no se la hiciera desaparecer, se colocaría de través contra toda nueva orientación. Algunos lo creían sinceramente, fundándose al efecto en documentos célebres cuya interpretación auténtica permanecía olvidada y cuyo texto, un poco confuso y á las veces equívoco, había turbado á más de una conciencia, de buena fe. León XIII intervino, y sin reformar nada de lo irreformable de la doctrina, puso las cosas en su punto y llevó la tranquilidad á aquellos que no habían abrazado definitivamente los prejuicios y los sofismas, las dudas angustiosas y las incertidumbres.

Después que él habló, todo el mundo sabe que lo único que pretende la Iglesia es su libertad de acción y la mayor suma de bienes para los humanos; pero que ella no pretende oponer su *veto* á ninguna reivindicación legítima; que ella se regocija más que nadie de las nuevas claridades que la ciencia trae al mundo, y que sigue su camino sin apenarse por las innovaciones sociales que en apariencia reducen su dominio, pero que hacen su acción más que nunca necesaria.

La verdad integral, alejada igualmente del espíritu de reacción y del espíritu aventurero, hé ahí lo que el papa reinante ha querido decir, con su autoridad personal, indiscutible, aumentada con la asistencia del Espíritu.

De ahí sus inmortales encíclicas sucediéndose en cortos intervalos unas á otras, y sin embargo sin precipitación, tranquila, majestuosamente, cual las hojas que caen

al principio del otoño á impulsos del viento suave y calmoso.

La época en que su intervención soberana dirimía con una palabra los problemas angustiosos de los pueblos y que inclinaban la tiara hacia el abismo de las desgracias ó que la elevaban hasta las cimas más encumbradas, parecía ya pasada; parecía pasada la época en que la tiara, bajándose hasta el terreno de los asuntos humanos, llevaba á estos lo divino, en que lo humano y lo divino con su contacto se engrandecían, pues lo divino tiene necesidad de engrandecerse, no en sí, pero en el mundo: *El reino de los cielos es semejante al grano de mostaza*, el cual se convierte en un árbol grande.

León XIII no ha hecho política en el sentido que se dá á la palabra; pero ha hecho algo mejor. Ha invocado los principios eternos; ha señalado la orientación hacia el bien; ha indicado los medios más adecuados para hacer cesar los conflictos y para salvaguardar el porvenir de los pueblos. Ha arrancado la causa religiosa á los partidos respetándolos y elevando los del pasado, todo en vista del porvenir.

Ha sido el abogado de la causa de los débiles, ha pedido á los vencedores merced para los vencidos. Ha denunciado con altivez y entereza los complots fraguados en las tinieblas; ha defendido los derechos del bien y no ha confundido nunca la obediencia á los poderes con las pasividades cobardes y las aceptaciones de oveja.

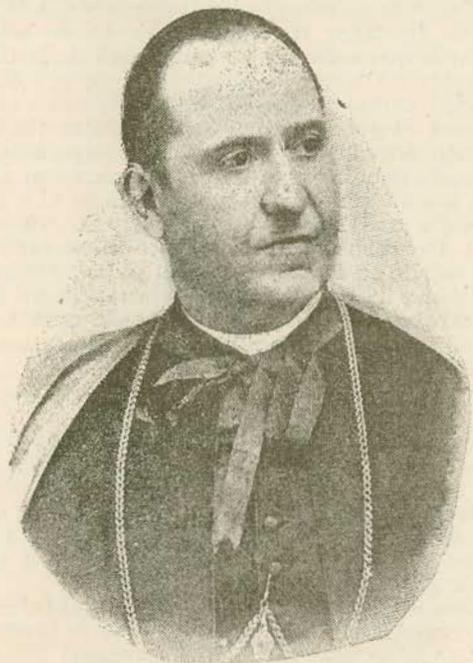
Inclinando sus miradas hacia los que trabajan y sufren, ha escrutado profundamente sus males, y no contento de compartir en lo hondo de su alma sus desgracias, ha condenado el origen de ellas: los egoísmos, la indiferencia de los fuertes, las explotaciones desconsideradas, los yugos serviles que pesan sobre aquellos cuya única defensa es su miseria; y este gran conservador de las tradiciones seculares de la Iglesia ha aparecido, ante algunos pusilánimes, audaz hasta la temeridad, agresivo contra muchos de los que forman en su rebaño.

Pero no, su corazón está muy alto. Ha procedido con la confianza de que todos le comprenden. Cree que todos somos hijos de la Verdad y que delante de ella debemos inclinar la frente y, si necesario es, golpear nuestros pechos . . . . .

. . . . .

Todos los esplendores del *verbo*, manejado por los más altos espíritus, no igualarán al elogio que veinticinco años de genio y virtudes cantan al «Papa de los tiempos nuevos».

*Manuel Coto Fernández.*



S. E. EL CARDENAL VANUTELLI

Candidato de la Triple Alianza

## Joaquín Pecci

Datos biográficos

De un libro muy interesante que publicó en París en 1900 Julián de Narfon, eminente colaborador de *El Figaro* y hombre erudito en todos los asuntos del Vaticano, vamos á extractar algunas de las páginas más interesantes de esa vida blanca como el armiño y luminosa como la estrella de su blasón.

Veamos primero el acta de bautismo:

«En el año del Señor 1810, el 4 de Marzo á las nueve de la mañana—El Reverendísimo dom Miguel Catoni, canónigo teologal de la S. S. catedral-basílica de Agnani, con el debido permiso del infrascrito, bautizó un niño nacido la antevíspera hijo de los muy ilustres señores Ludovico Pecci y Ana Prosperi, cónyuges, vecinos de esta parroquia de San Nicolás (Carpineto) á quien se le pusieron los nombres de Vicente Joaquín Rafael Luis. Fueron sus padrinos: el Ilustrísimo Reverendísimo dom Joaquín Tosi, obispo de Agnani el cual delegó en su lugar al Rev. Jacinto Canco Caporosi, debidamente autorizado y la ilustrísima señora D<sup>a</sup> Cándida Pecci Caldarozzi— En fe de lo cual, yo Zephirin Cima, Vicario de la parroquia, etc., etc.»

Era hijo pues de una familia noble establecida en Carpineto pequeña ciudad situada en medio de las montañas en la cual reina la sencillez patriarcal de

costumbres y la candorosa fe de los tiempos que fueron.

Entre los antepasados de los Pecci hay varios personajes que ocuparon altas posiciones en la política, en la diplomacia y alguno de ellos en el Calendario: Pablo Pecci que vivió en el siglo XV, fue general y embajador en Nápoles; Benvenuto Pecci, caballero de la orden de Malta; Lelio Pecci, embajador de la República de Siena ante la corte de Carlos V; Fernando Pecci, jurisconsulto muy distinguido; José Pecci, confidente del Papa Pío VII; el bienaventurado Pedro Pecci, fundador de una congregación, la bienaventurada Margarita Pecci, y Bernardino Pecci, misionero en las Indias, martirizado por la causa de la Compañía de Jesús. Por la línea materna desciende León XIII de una antigua familia patricia y uno de sus abuelos fue el famoso tribuno Cola di Rienzi, lo que explica quizás las tendencias demócratas del ilustre Jefe de la iglesia contemporánea.

Ana Prosperi Busi, su madre, tenía por él la más tierna adoración y el más alto concepto como se verá por la siguiente anécdota:

«Cierta día paseaba el Conde Ludovico en compañía de Nino (diminutivo de Vicentino, su primer nombre) por las colinas que rodean á Carpineto, y mostró á su hijo el lugar donde se debió encontrar Aquino y poco más abajo Monte Cassino.

«Aquino, dijo Joaquín, es el punto en que nació el Dr. Santo Tomás, y el Monte Cassino donde aprendió á escribir y á leer. ¿Llegaré yo á leer y á escribir como él?»

«Al escuchar esto el Conde Pecci entró á su palacio muy decepcionado porque el deseo expresado por su hijo contrariaba sus proyectos para lo futuro. ¡Y yo, dijo á su esposa, que quería hacer de él un general!»

—«Y bien, respondió la condesa Ana, haced de él un Papa».

Poco después ambos se impusieron el sacrificio de enviar á José (hermano mayor de León XIII) y á Joaquín al Colegio de Jesuitas de Viterbo, pero el Conde no se resignaba á que el más querido de sus hijos se hiciera sacerdote.

—Me conformo, afirmaba, con que José se haga jesuita pero no puedo imaginarme á Joaquín convertido en simple cura de aldea.

Y la madre repitió: «Suponed que Joaquín será Papa y José cardenal y mirad tranquilo el porvenir».

Esta curiosa profecía se realizó á la letra, pero la noble mujer no pudo ver con sus ojos de mortal la elevación justificadísima de sus hijos. Ana Pecci murió el año 1824 cuando Joaquín contaba sólo 14 años y mucho más tarde él evocando los gratísimos recuerdos de su infancia trazó este admirable retrato: «Providencia de los pobres, madre de familia incomparable, mujer de una virtud antigua, así vivió y así trocó este mundo por un mudo mejor».

Del colegio de Viterbo pasó Joaquín en el mismo año al Colegio Romano, donde permaneció siete años y estudió con ardor infatigable las letras, las ciencias, la filosofía y la teología.

En Agosto de 1830 le tocó sostener en ese Instituto una tesis pública que fue un espléndido triunfo para el estudiante que ocupaba el primer puesto entre 1400 condiscípulos.

Gracias á la protección del cardenal Sala, grande amigo de su familia se le abrieron las puertas de la Academia Noble en que se educan los prelados y los diplomáticos de la Santa Sede. Después de haberse preparado concienzudamente en el silencio y en el recogimiento y de haber vencido algunas ligeras vacilaciones, recibió las órdenes menores y mayores y fue consagrado sacerdote por Mons. Sinibaldi el 31 de Diciembre de 1837.

Por esa época habfa muchos disturbios en algunos estados sujetos al gobierno del Pontífice Gregorio

XVI. «Un día que S. S. se lamentaba delante del Cardenal Sala con motivo de la insubordinación de la provincia de Benevento éste le dijo: sería necesario enviar á un hombre de energía. Ciertamente contestó el Papa y mucho temo que nuestro delegado no sea hombre de esa talla. ¿Por quién lo reemplazamos?»

—Y respondió el Cardenal: Conozco á Monseñor Pecci y estoy convencido de que aunque joven tendrá éxito cumplido y no os arrepentiréis de su elección.

«Llega á Benevento Mons. Pecci, organiza las tropas pontificias, prepara con sigilo su plan de campaña, investiga cuales son los lugares más infestados de bandidos y lanza sobre ellos sus columnas expedicionarias. El resultado superó sus esperanzas. La mayor parte de los jefes fueron arrestados, y á fin de calmar á la población, el delegado ordena que sean paseados por las calles los jefes más prestigiosos de la insurrección, cargados de cadenas. Limpia de bandidos la provincia, se vuelve contra los poderosos barones que ejercían el contrabando como si fuera una industria lícita y asaltaban en los caminos para guardar el botín en sus castillos fortificados. Uno de ellos, el más osado, vino á quejarse de que la Aduana le había hecho reclamaciones y pesquizas, pero Mr. Pecci le respondió que las leyes obligan á los pequeños como á los grandes y que era preciso someterse.

—Pues bien, exclamó el marqués, me voy á Roma y no regresaré antes de obtener la destitución del delegado de Benevento.

—No os lo impediré, replicó fríamente Mr. Pecci, pero os ruego que tengais presente que antes de llegar al Vaticano á donde vais á quejaros, pasareis por el castillo de San Angel (Prisión que servía de Bastilla al gobierno de los papas).

Mr. Pecci pasó tres años en Benevento y cuando terminó satisfactoriamente su misión fue nombrado delegado de Perusa y poco después Nuncio en Bruselas (1843).

Como es uso que los que desempeñan tan alto puesto sean obispos Joaquín fue preconizado por Gregorio XVI arzobispo de Damietta.

Cuando el nuevo Nuncio se embarcó en Civitta Vecchia no conocía casi la lengua francesa, pero á causa de enfermedad tuvo que detenerse diez días en Nimes, que empleó en aprenderla. Cuando llegó á Bruselas, dos semanas después de haber partido de Italia se expresaba correcta y elegantemente en el idioma de la diplomacia.

Tres años solamente duró el período de su misión y tuvo en ese lapso de tiempo que resolver difíciles problemas que traían descontentos á los obispos y al clero, especialmente las cuestiones de enseñanza laica, y tal fue su tacto y su energía, que no sólo se ganó la voluntad del clero, sino la de la Corte y hasta la confianza del Rey y de la Reina. Leopoldo I dió una prueba del excepcional cariño que le profesaba, cuando el Nuncio hacía sus visitas de despedida y se preparaba para regresar á Italia, concediéndole el gran Cordón de su Orden y escribiendo al Papa contra las tradiciones y reglas diplomáticas la carta siguiente:

«Tengo que recomendar al Arzobispo Pecci á la benévola protección de Su Santidad; la merece bajo todos conceptos, porque rara vez he visto una dedicación más sincera á sus deberes, intenciones más puras y acciones más rectas. Su estada en este país le habrá sido muy útil y al mismo tiempo le ha permitido prestarle reales servicios á S. S. Le suplico que le pida cuenta exacta de sus impresiones sobre el estado de los asuntos religiosos en Bélgica. Juzga las cosas con mucho acierto y Su Santidad puede acordarle toda confianza.»

Esta carta no la recibió Gregorio XVI que murió

por entonces, y cuando Mons. Pecci, nombrado obispo de Perusa, llegó á Roma, el Cónclave acababa de elegir para el Pontificado á Pío IX.

Aunque Joaquín había sido elevado á Cardenal *in pectore* desde el año 1846 no recibió en realidad la púrpura y el capello sino hasta 1853, gracias á la malevolencia del Cardenal Antonelli, que había ganado la confianza del nuevo Papa y que era omnipotente en Roma.

De las obras de su episcopado ha dicho M. Leroy-Beaulieu, que no es autoridad recusable en la materia: «El Pontífice Romano no ha hecho más que realizar lo que soñó en las montañas de la Umbría el Arzobispo-Obispo de Perusa», y agrega M. Narfon: «Las cartas pastorales de ese soñador sublime contienen en germen todas las encíclicas que por su elevación doctrinal, por su forma impecable y por su número llenan de extrañeza al universo entero.

Las dos últimas son las más notables: «La Iglesia en el siglo XIX (1876) y la Iglesia y la civilización (1877). Pero deben citarse también el alegato magistral escrito en 1866 en favor del poder temporal de los Papas y la requisitoria magistral contra Renán que acababa de escandalizar al mundo católico, desnaturalizando en páginas de admirable belleza literaria la sublime figura de Cristo.»

Muerto Antonelli, el Papa Pío IX, haciendo justicia al eminente Pecci lo nombró camarlingo el 21 de Septiembre de 1877. Desde entonces vino á habitar en Roma de donde nunca volvería á salir.

Su nombramiento fue acogido con entusiasmo, aunque no faltó quien pensara que el Papa quería alejar de la silla de San Pedro al hombre que sustentaba las ideas más opuestas á su política y á su sistema de gobernar la Iglesia de Cristo.

En una obra que se titula «Pío IX y el futuro Papa» se registra el juicio siguiente que ya predecía el éxito obtenido más tarde: «El Cardenal Pecci que acaba de ser nombrado Camarlengo es ciertamente uno de los espíritus más distinguidos del Sacro Colegio, una naturaleza moderada y en cuanto á la salud, uno de los más vigorosos cardenales. Ha estudiado mucho, es un buen administrador y ha sido obispo de gran mérito. El ideal del Cardenal, que él levanta á mucha altura está encarnado en él».

Pío IX murió en Febrero de 1878 y desde ese momento entró en funciones de Jefe del Ejecutivo de la Iglesia Joaquín Pecci, dando pruebas de una extraordinaria actividad y de previsión incomparable. Se captó á tal punto la voluntad de sus colegas y preparó la reunión del Cónclave con tal acierto que no hubo casi lucha al tratarse de su elección. «Cuando los cardenales veían pasar al Camarlengo Pecci, con la frente cargada de pensamientos, el ojo vivo y la mirada imperiosa, el aire decidido, todo en fin revelando la superioridad consciente de sí misma del futuro Pontífice, reinante ya, nos parece que debieron pensar que ya habían encontrado el Jefe que buscaban.»

Así sucedió en la mañana del 20 de Febrero de 1878. Después de los tres escrutinios verificados obtuvo Pecci en el último, 43 sufragios, tres votos más de los que necesitaba para triunfar. Hé aquí como resumía el Cardenal Bartolini, uno de sus más ardientes partidarios, los títulos que tenía el futuro Papa: «El Cardenal Pecci fue delegado, de modo que conoce el gobierno temporal, fue Nuncio, luego conoce la diplomacia y fue obispo durante 32 años, por consiguiente sabe cómo debe gobernarse la Iglesia.»

«Ese día memorable, después del escrutinio, cuando el subdecano del Sagrado Colegio se arrodilló á los pies de Pecci y le dijo: ¿Aceptas tu elección hecha regularmente para el Soberano Pontificado? El respondió con una voz que parecía un sollozo: «Puesto que Dios lo quiere, cúmplase su voluntad. ¿Cómo

deseas llamarte? León XIII en conmemoración de León XII á quien venero profundamente, y continúa (\*) Ch. Benoist: «Se lo llevaron medio inconsciente y abrumado. Lo vistieron de blanco, *Lumen in caelo*, lo envolvieron en luz, le besaron el anillo y las sandalias, y lo condujeron á donde les plugo. Desde lo alto de la loggia de San Pedro bendijo á la ciudad y al globo. Con los brazos extendidos, dada su delgadez de asceta parecía una cruz viviente, y consagrado Vicario de Jesucristo y sucesor del Pescador, con su gesto amplio y solemne abarcó doscientos millones de almas.»



EL DR. LAPPONT  
Médico de S. S. León XIII

Después, han trascurrido veinticinco años y acaba de terminarse uno de los más gloriosos pontificados que han conocido la Iglesia y la Historia. Su obra intelectual es inmensa, y el poderío moral del Cristianismo gracias al esfuerzo cuasi-divino de ese anciano queda cimentado en las entrañas mismas del mundo.

A. A. h.

## DATOS Y NOTAS

### El Cable dice así:

París, 20 de Julio 1903.

*Ministro de Relaciones Exteriores.*

Tengo la pena de informar á V. que el Sumo Pontífice murió ayer en la tarde.

PERALTA  
Ministro de C. R. en Europa.

### Nuestros grabados

En primer término se verán dos retratos del Pontífice: el primero es el del octoge-

nario glorioso, árbitro de la paz entre los hombres, el cual, según una feliz expresión de Severine, veía levantarse una alba luminosa en el crepúsculo de su vida; y el segundo representa á León XIII, el año de 1878, en el momento en que subió al trono pontificio recogiendo la pesada herencia de Pío IX.

### La madre del Papa

En la dulce fisonomía de esta patricia latina, se pueden adivinar los rasgos de su gloriosísimo hijo, cuya vocación al sacerdocio supo estimular. Murió joven la Condesa Pecci y sus restos reposan en una de las iglesias de Roma.

### El Cardenal Rampolla

Secretario de Estado de Su Santidad. «Saludemos al hablar de la política pontificia al que ha sido su auxiliar más decidido y desinteresado. Y digo desinteresado, porque acogiendo todas las ideas del Santo Padre é inmolando su propia personalidad hasta ser sólo la sombra política del Papa, Rampolla comprendió que perdía por ello las probabilidades de sucederlo.» El eminente Cardenal es el diplomático más fino, más discreto y más sagaz de la Curia Romana.

### El futuro Papa

Así se titula un interesante capítulo del libro «León XIII íntimo,» del cual traducimos el siguiente pasaje: «Se cuenta que cuando un personaje felicitaba al Cardenal Franchi, primer Secretario de Estado de Su Santidad, con motivo de su nombramiento, éste contestó: «No os apresuréis á darme la enhorabuena; sabe Dios cuánto tiempo conservaré mi puesto, porque como el nuevo Papa está tan viejo no le aseguro tres años de reinado.» Después de esta

(\*) Soberanos, Hombres de Estado y Príncipes de la Iglesia.

profecía León XIII ha enterrado á todos los cardenales que se designaban como *papabili* para el futuro cónclave. En la actualidad uno de los más prestigiados es el Cardenal Oreglia, porque es camarlengo y decano del Sagrado Colegio, y con ambos títulos tendrá al morir el Papa la mayor autoridad. Se dice también que el Cardenal Gotti, de la Orden de Carmelitas y hoy Prefecto de la Propaganda, es uno de los que tendrán muchos sufragios y cuenta además con las simpatías de la Triple Alianza, lo mismo que el Cardenal Serafino Vannutelli; pero éste por haber sido muy traído y llevado en los periódicos, no goza en la actualidad de tanto favor.»

### El Dr. Lapponi

Es ésta una figura universalmente conocida, el médico eminente que ha luchado más de veinte años cuerpo á cuerpo con la muerte para disputarle el augusto anciano. Y no sólo ha sido muy hábil el Dr. Lapponi, sino muy abnegado, porque León XIII, en sus enfermedades, «tenía una especie de coquetería en infringir las prescripciones de su médico.» Una sola vez le fue infiel, y fue cuando quiso Su Santidad ensayar el tratamiento de Mgr. Kneipp el año de 1894. Cuando lo despidieron, hizo el cura de Baviera la siguiente predicción que se realizó á la letra: «Este hombre no vivirá como todo el mundo, es muy afortunado, porque no tiene cuerpo; cuando lo desvestí, después de quitarle numerosas túnicas, me encontré con un fantasma.»

### Profecía de un santo de Irlanda

Ya se sabe que cada uno de los Papas

tiene una divisa que simboliza el principal carácter de su período. Así Pío IX fué *Cruz de cruce* y León XIII *Lumen in caelo*. El futuro Pontífice será llamado *Ignis ardens*, lo cual anuncia una época de combate para el catolicismo.

### El escudo de los Pecci

Dice Severine: «León me parece encarnar las armas de su casa, con su talle esbelto, tan erguido como el álamo que semeja una I, bajo el cielo azul, y entre sus pupilas esa claridad de estrella matutina, precursora de la aurora, que tiembla en la cima del gran árbol heráldico.»

### En carpeta

Así dejamos todo el material que estaba listo para este número de PANDEMONIUM. Nuestros lectores no se quejarán de seguro de esta decisión y apreciarán las razones que hemos tenido para ello. La memoria de León XIII es sagrada para que se pudiera alternar la literatura corriente con el homenaje que le dedicamos.

### Cumplimos un deber

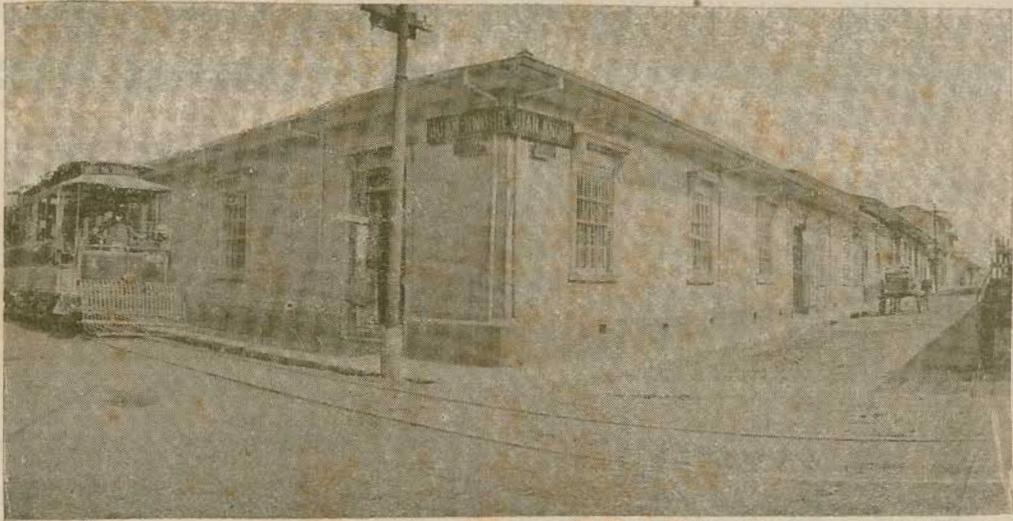
manifestando que este número de nuestra Revista ha sido dirigido y editado por nuestro colaborador el señor Licdo. don Alejandro Alvarado h., á quien se deben la selección de los trabajos literarios y las ilustraciones que han sido tomadas de un precioso libro que posee, único ejemplar que existe en Costa Rica. PANDEMONIUM le da las gracias muy sinceramente.

# LA FAMA

Gran surtido de artículos  
 de alta novedad.  
 Ofrecen en condiciones muy  
 ventajosas un completo sur-  
 tido de máquinas de coser.

**HERRERO HNOS**  
**ALMACEN Y TIENDA**

**JUAN KNOHR, HIJOS**  
 Surtido completo en  
 Géneros, Abarrotes y Ferrería



El más antiguo y acreditado almacén  
 Especialidad en  
 Vinos Finos y Licores extranjeros

## Juan Knohr, Hijos

Gran Almacén de Telas,  
 Sedas, Perfumes y Abarrotes

Librería y Papelería  
**PADRON y PUJOL**

Cajas de papel y sobres, gran variedad  
 Blocks para cartas, Papel de oficio,  
 Libros en blanco y libretas,  
 Lápices, casquillos, plumas, borradores  
 Tinteros de cristal,  
 Gran surtido de Devocionarios,  
 Tarjetas blancas, de luto y doradas,  
 Felicitaciones, Papel crespón.

**TRABAJOS DE IMPRENTA**

Esta Librería es la que vende más barato



LA NACIONAL. Gran Fábrica de Cigarros y Cigarrillos de Elay González

# La Ferretería de MACAYA & Co.

Siempre tiene de venta:

**TERRAJAS** para herreros y fontaneros. **ROMANAS** de plataforma, grandes y pequeñas. **TANQUES** de hierro de 20, 24, 100 y 500 galones de capacidad. **TRAPICHES. PAILAS** de cobre y de hierro. **FRAGUAS. YUNQUES. POLEAS** diferenciales. **PARARRAYOS, ESTUFAS** y **UTENSILIOS DE COCINA.**

**Miguel H. Céspedes**  
 Vende toda clase de artículos  
 á precios sin competencia  
**PUNTARENAS**

FERROCARRIL AL PACIFICO					
ITINERARIO No. 1					
Tren No 1		Distancia de San José	División de San José	Tren No 2	
Diario, excepto los domingos	millas			Diario, excepto los domingos	millas
sale a. m.			Estaciones		llega p. m.
8 35	0		San José. . .	41	4 30
8 43	1 5		Sabana. . . .	39 5	4 25
8 54	4		Las Pavas. . .	37	4 10
9 14	8 8		San Antonio. .	32 2	3 5
9 24	11 6		Ojos de Agua	29 4	3 25
9 30	12 9		Nuestro Amo	28 1	3 20
9 57	18 7		Turrúcares. .	22 3	2 50
10 24	23		Atenas. . . .	18	2 15
10 35	26		La Balsa. . .	15	2 01
10 56	30 8		Escobal. . . .	10 2	1 55
11 16	34 6		Concepción. .	6 4	1 40
11 36	41		Stº Domingo	0	12 20
llega					sale

FERROCARRIL AL PACIFICO					
ITINERARIO No. 2					
Tren No 3		Distancia de Esparta	División de Puntarenas	Tren No 4	
Diario, excepto los domingos	millas			Diario, excepto los domingos	millas
sale p. m.			Estaciones		llega a. m.
5 5	0		Esparta. . . .	13 5	7 15
5 30	4		Barranca. . .	9 5	6 40
...	6		Porvenir. . .	7 5	...
...	7		El Roble. . .	6 5	...
...	8		Chagüite. . .	5 5	...
...	9		Carrizal. . .	4 5	...
...	10		Chacarita. . .	3 5	...
6 15	13 5		Puntarenas. .	0 5	6 00
llega					sale

NOTAS

- 1—En los puntos que no tengan tiempo marcado en el itinerario, se detendrá el tren sólo que haya de dejar pasajeros ó que se le hayan hecho señales para tomarlos.
  - 2—El tiempo que media entre la llegada del tren á Santo Domingo y á la salida del tren de Esparta, es 5 horas 25 minutos.
  - 3—Los pasajeros que deseen seguir el mismo día para Puntarenas, deberán tener lista la bestia en Santo Domingo, para que puedan tomar el tren en Esparta á la hora señalada en el itinerario.
- Administración del Ferrocarril al Pacífico, 4 de Abril 1903.

Los médicos franceses recomiendan á las personas que padecen de cistitis y otras afecciones de las vías urinarias el **SANDALO MIDY**, que no reconoce rival por ser el único preparado con el verdadero palo de Sándalo de Misore, el más caro y el más oloroso. En ciertas dolencias, la curación se obtiene en 24 horas.

La **CEREVISINA** (levadura seca de cerveza) completamente pura, conviene especialmente para los furúnculos, acné, urticaria, etc. Resultado seguro sin desórdenes estomacales.

# Al Siglo Nuevo ALMACEN Y TIENDA

Grandes novedades en sedas, lanas, gasas, adornos, cintas, fajas de cuero, perfumería, Sombreros, encajes, capas y artículos para regalos. Completo surtido de ropa interior de todas clases.

## Gran Almacén de Ebarrotes

Cigarrillos COQUETAS, legítimos  
á Colones 21-50 el 100

A. Herrero & Co.



# Aceite Salat

El Non - Plus - Ultra  
de los alimentos  
Puro de oliva, virgen

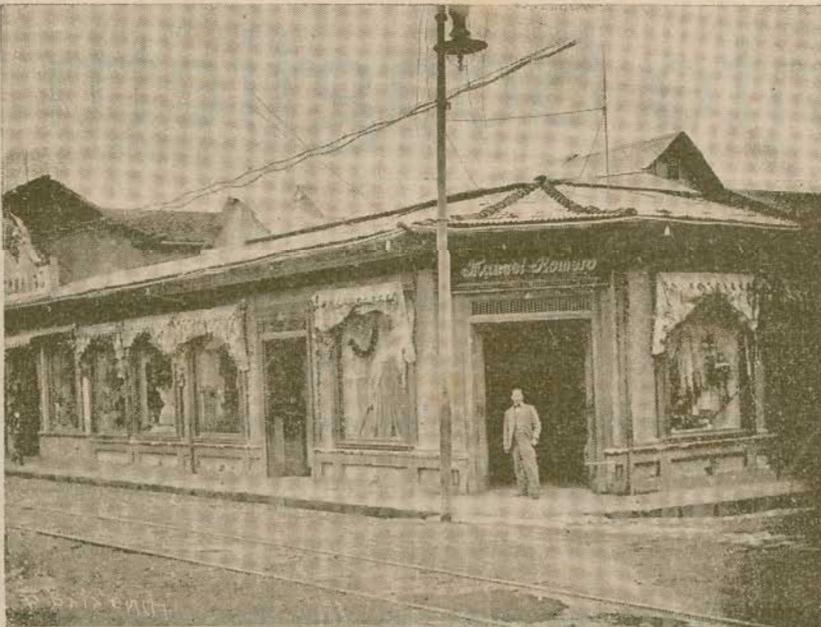
Unico Agente en Costa Rica

Serapio Tomás

Vinatería y Cantina

# El famoso calzado de Emilio Artavia

No tiene rival por su duración  
elegancia y bajo precio



## Grandes Almacenes de Artículos de Fantasía

Lo útil, lo bueno  
lo elegante

# Manuel Romero

Perfumería fina

Constante surtido  
del mejor calzado

# HOTEL DEL CANAL

PUNTARENAS

Situado á 100 varas de la Estación del Ferrocarril, próximo al muelle

**C**ASA de dos pisos. Habitaciones higiénicas, bien ventiladas. En piso bajo, precio convencional. Cuenta con Baños de Aspersión, Hielo, Cantina bien surtida. Salón con billares y piano aparente para representaciones. Alimentación escogida y abundante. Precio por día: tres colones. Se admiten pensionistas, según arreglo.

JOSE AMADOR, propietario.

Francisco Tenca

Ingeniero-Arquitecto

Agua de Florida  
de Tásies, es la mejor

## EL NUEVO MUNDO

LA CASA MAS IMPORTANTE Y MEJOR SURTIDA. ☒ ALMACEN DE PRIMER ORDEN DE LA COMARCA

Gran surtido de Ropa hecha, Ferretería, Licores, Abarrotes, Artículos de fantasía, etc. Importado todo directamente de las principales casas de Europa y Norte América. Renueva constantemente sus existencias con pedidos oportunos. Importación y Exportación. Ventas al por mayor y al detall. Compra y venta de Caucho, Piel de venado y plumas de garza.

Representantes en Puntarenas de la respetable casa *Teese, Moors, Hunt & Co.*, de Kentucky, EE. UU., fabricantes de los afamados **Whiskeys** y aguardientes, cuyas muestras están á disposición del público. Agentes generales en San Francisco para todos los países extranjeros: los Sres. Maldonado & Co.

ANDRÉS SANDOVAL, *Propietario.*

# Sastrería Italiana de Sante Scaglietti

Gran surtido de casimires negros y azules, jerga é infinidad de cortes de pantalón de panilla, cuero del diablo y bordoncillos y muchos chalecos de color y piqué.

Especialidad en camisas de todo color, cuellos, corbatas, tirantes para niños y una infinidad de artículos sin competencia,